de Villanueva en México. Si bien marchando por escabrosas sendas y rasgándose á menudo las vestiduras y hasta las carnes en las zarzas del camino, otros apóstoles del *arte de las artes* han logrado producir obras lírico-dramáticas, que si no están á la altura de las de los excelsos creadores alemanes, franceses é italianos, prueban al menos que ni la inspiración esquiva batir sus alas sobre los pueblos nuevos, ni hay en nuestra raza incapacidad para sentir y condensar las eternas bellezas de la armonía. Melesio Morales y Julio, su hijo, han llevado á la escena óperas que acusan dotes de concepción nada comunes, y ambos trabajan en estos momentos nuevos dramas líricos de que tal vez podamos juzgar antes de mucho tiempo. La obra que el Maestro Melesio Morales tiene entre manos, es una ópera en un acto, que se llamará "*Anita*," y cuyo argumento descansa en un episodio de la guerra de intervención francesa en México. El Maestro Morales quiere hacer un esfuerzo para fundar la ópera nacional en nuestra patria.

No puedo menos que desear que el éxito más halagüeño corone sus perseverantes esfuerzos.

***

Yo soy de los que creen que sólo en la ópera puede el músico desplegar sus facultades. La ópera entra de lleno en el gran drama de la humanidad. Es, al par, la más verdadera y la más pomposa expresión de ésta. Solamente ella puede reproducir los sentimientos del hombre, sus pasiones, los actos de la vida interna y de la externa. Solamente ella puede pintar. Los contrapuntistas que quieren reemplazar las obras melódicas con las obras sinfónicas, oponen á la ópera la sinfonía, tal como soñaron ésta Haydn, Mozart, Beethoven, Mendelssohn. Pero todos esos grandes maestros desearon coronar su vida con triunfos en la ópera. Mozart fué el único que lo consiguió. Las inmortales sinfonías de Beethoven son como un estuche maravilloso en el que están reunidos los diamantes de la corona; pero la verdadera corona está en *Don Juan*, está en *Guillermo Tell.*

Dícennos que hay más mérito en cautivarnos sin el auxilio de las palabras que con el concierto de las palabras y la música. Y esto, sin ser estrictamente exacto, sería discutible cuando menos, si un sinfonista pudiera producir con su instrumentación todos los sentimientos y dibujar todas las situaciones. Pero esto es imposible para el sinfonista. Berlioz, cuyo testimonio no puede desecharse por sistemáticamente adverso á la música sinfónica, dice en una carta á Gluck: "La expresión musical puede reproducir el placer, el dolor, la tristeza, la alegría; puede indicar si la alegría que reproduce es la de muchedumbre de pastores ó la de muchedumbre de guerreros: si el dolor que nos comunica es el de una reina ó el de una simple campesina. Tomando de cada pueblo el estilo musical que le sea propio, es evidente que logrará hacernos distinguir la serenata de un bandolero de los Abruzzos de la de un cazador tirolés ó escocés. Pero cuando pretenda salir de este círculo inmenso, la música por fuerza y necesariamente en lo absoluto, tendrá que apelar á la palabra cantada." *(Príncipe de Valorí.)*

Villanueva, devoto de la música sinfónica y muy fuerte en ella, buscó, sin embargo, amplio espacio para sus alas en la ópera. Desventuradamente, el libreto de *Keofar* no corresponde al mérito de la música. Esta es una tela oriental ricamente bordada y llena de pedrería deslumbradora; es como el manto de la reina de Sabá "sonoro y luminoso". ¿Qué anunciaba esa hermosa aurora? Sin duda un día de triunfo. ¿A qué rey precedían esos heraldos? ¿Por la llegada de qué arrogante vencedor herían el viento los clarines de oro? Fué un caballero de armadura negra el que llegó. Cubría su rostro la visera. Al andar no hacía ruido. Su armadura era de sombra, no de hierro. Y con el caballero de tetras armas se fué á la tierra "de la que nunca regresó viandante alguno," el autor de *Keofar*, el que tenía apenas—¡y vaya que si á penas!—treinta y cinco años; el que en otro país hubiera producido obras inmortales y que del nuestro se fué luego que hubo dicho su secreto.... su mortal secreto: ¡Tengo genio!

***

Villanueva y Guerra son, á mi entender, entre aquellos artistas desaparecidos á quienes debo dar piadosa sepultura en este artículo, los primeros ó próceres. (Hablo, se entiende, de los que no llegaron á la madurez de su talento, como llegó Noreña). Pero hay uno de esos artistas que por caracterizar la índole y la vida de los artistas mexicanos merece capítulo aparte: Juventino Rosas. No fué compositor excelso como Villanueva, ni tuvo tampoco la ciencia de Juan Hernández Acevedo, también muerto hace poco; pero sí lo considero como "representativo," como Emerson diría de los númidas que en México se consagran al arte. Juan Hernández Acevedo era un delicado, un exquisito, de menos briosa inspiración que Villanueva; pero muy correcto y muy conocedor de la música nueva, de la que sin llamarse "del porvenir" es dueña del presente y del futuro. Murió joven, soñando en el país donde florecen los Gounod, los Saint Saens y los Thomas. Tenía la mala fortuna de Bizet y un amor exaltado á todo lo bello, á todo lo culto, á todo lo que desconoce ú odia el vulgo.

Juventino Rosas era de otro temperamento, más tristemente mexicano, más bohemio; pero más "representativo," como dije antes. Murió en Batabanó (Cuba), adonde había ido con una compañía ítalo-mexicana, y murió sin auxilios, desamparado por sus compañeros que continuaron el camino interrumpido, en una Casa de Salud, pobre y tristísimo.

Yo no lo conocí; pero vais á escuchar cómo me lo